



IX Coloquio de la Cátedra Creatividad y
Valores Alfonso López Quintás: "La
Dignidad Humana y el Devenir de la
Historia"



"DIGNIDAD HUMANA: SU VALOR ANTE EL CARACTER RELACIONAL DE LA PERSONA"

Hoy nos reunimos para hablar de la dignidad humana en el devenir de la historia.

Es bien sabido que a lo largo de la historia del pensamiento de la civilización Occidental, el concepto de persona ha tenido varias acepciones. Hoy quiero hablar de la persona desde su concepción relacional, que se da, a partir de la Edad Media. En esta etapa de la historia de la humanidad, se concibió a la persona como relación con Dios y es a partir de este momento, que se puede afirmar que la persona es constitutivamente una relación.

Desde este punto de vista, lo que le confiere valor a la persona no es su dignidad ontológica, es decir, el valor no está dado por el simple hecho de ser persona, sino que el valor especial de la persona está dado justamente por su capacidad relacional.

Sostener que la persona es constitutivamente una relación equivale a afirmar que la estructura esencial de la persona es abierta y que por ello es capaz de establecer relaciones con todo lo que le rodea, tanto si es el entorno como con las demás personas; y adicionalmente puede relacionarse consigo misma, lo que le permite crear consciencia de su propio ser.

El filósofo medieval Duns Scotto es el primero en definir a la persona por su relación inmediata con Dios, que realiza a través de la apertura a Dios y de la comunión y capacidad de estar abierto al prójimo. Este acto de apertura es según el filósofo lo que diferencia al ser humano de otros seres vivientes y de las cosas. La capacidad de apertura, que permite la relación tanto de manera vertical con Dios, como horizontal con los otros, es lo que hace al hombre un ser absolutamente único y concreto.

Para Scotto, la “persona es una existencia incomunicable de naturaleza intelectual.”¹ Esta definición sintetiza las características principales de la persona que son su ser singular, individual, irrepetible y especialmente su capacidad intelectual que se entiende desde su etimología como la capacidad de “leer dentro” de las cosas y descubrir así los elementos

¹ Francesc Torralba Roselló. ¿Qué es la dignidad humana? Ensayo sobre Peter Singer, Hugo Tristram Engelhardt y John Harris, Barcelona: Ed. Herder, 2005, p. 363.

que unen a todas las cosas con Dios, como origen ontológico. Duns Scotto está delineando por primera vez la capacidad de autoconsciencia, que posteriormente se desarrollará a mayor detalle con la filosofía racionalista de Descartes.

Según la filosofía de Scotto, el hombre se convierte en persona cuando se acepta a sí mismo como dependiente de Dios. El fundamento ontológico de todo lo que existe es Dios, y el ser humano hace consciencia de su dependencia como relación trascendental con Dios. La persona se constituye en función de este origen, es decir, de ser imagen de Dios. Tomar consciencia de este origen ontológico constituye según Scotto el secreto de la personalidad humana.

Contra la concepción de persona que se tiene en la actualidad como ser autónomo, que piensa, decide y actúa por sí mismo, Scotto sostiene que la persona es un ser esencialmente heterónimo, que depende de Dios y que es precisamente la autoconsciencia de esta dependencia, la que le otorga la dignidad de persona.

Posteriormente Martín Lutero, subraya la tendencia del ser humano a formar comunidades, como algo propio de la persona. Su concepción antropológica del ser humano se sustenta en que el hombre no es persona por existir en sí y para sí, ni por ser señor o dueño de sí mismo que se realiza en sus obras, “sino que lo es como pecador liberado y justificado por Dios para un amor operativo.”² Surge así la concepción luterana de la persona, como ser relacional, en el que la fe hace a la persona. El ser humano es una persona, en tanto que está vuelto a Dios, que a través de su clemencia salvadora y su misericordia lo constituye en persona; y vuelto también al prójimo necesitado de buenas obras, que son posibles gracias a la justificación divina.

Esta idea será desarrollada por Kant, para justificar que cada individuo representa de manera singular a la especie hombre y no puede ser suplantado en su singularidad, por lo que el hombre se vuelve fin en sí mismo y nunca un medio que puede ser manipulado. Cada persona es entonces la concreción individual e irremplazable de lo humano en general y a

² *Ibid.* p. 364

través de la convivencia y comunicación con otros representa lo humano universal de forma individualizada, por lo que merece respeto.

Fichte señala que la persona es finitud y limitación; por lo que requiere siempre a las otras personas que le hacen tomar consciencia de lo que “yo no soy, ni puedo ser y gracias a las cuales alcanzo mi consciencia del yo.”³

La filosofía contemporánea entiende que ser persona significa una relación vital entre el yo y el tú. Los antecedentes filosóficos a esta relación, que deriva en el personalismo o filosofía dialógica del siglo XX, están dados por las posturas de Sören Kierkegaard y Ludwig Feuerbach.

Sören Kierkegaard sostiene que lo sustantivo en el ser humano es el espíritu, que lo constituye como un yo y lo separa del universo natural. La dignidad entonces, la constituye precisamente la naturaleza espiritual del ser humano. El filósofo no pretende demostrar empíricamente la presencia del espíritu en el hombre, pero sólo comprende el fenómeno humano a partir de esta idea. Kierkegaard también define al ser humano como una relación, que se relaciona consigo misma o lo que equivale a un ser que es capaz de establecer una relación con su propio yo. Nuevamente encontramos la idea de autoconsciencia, expresada como la capacidad humana de conocer su propia interioridad.

Para este filósofo, es a lo largo de la propia existencia que el ser humano tiene la posibilidad de llegar a ser un yo, pero para ello es indispensable establecer una relación consigo mismo, reflexiva, que le permita conocerse a sí mismo. Lo que define entonces a la persona es la posibilidad de entrar en relación reflexiva consigo mismo, aunque esta posibilidad puede no llegar a realizarse jamás:

“Todo ser humano está llamado a ser un yo, pero sólo puede alcanzar el yo si establece una relación consigo mismo, pues sólo de esta manera puede llegar a conocerse y ser un yo en plenitud de facultades.”⁴

³ *Ibidem.*

En la medida en que el ser humano vive conforme a su yo, es que se convierte en un individuo singular en la historia, de carácter único e irrepetible. Es así que el ser humano se distingue de los animales, porque es capaz de convertirse en un yo, pero como expresa el filósofo, no todos los seres humanos logran la autoconsciencia porque existen muchos obstáculos.

En palabras de Kierkegaard de su obra *La enfermedad mortal*:

“El hombre es espíritu. Más, ¿qué es el espíritu? El espíritu es el yo. Pero, ¿qué es el yo? El yo es una relación que se relaciona consigo misma, o dicho de otra manera: es lo que en la relación hace que ésta se relacione consigo misma. El yo no es la relación, sino el hecho de que la relación se relacione consigo misma. El hombre es una síntesis de infinitud y finitud, de lo temporal y lo eterno, de libertad y necesidad, en una palabra: es una síntesis. Y una síntesis es la relación entre dos términos. El hombre, considerado de esta manera, no es todavía un yo.”⁵

Para Kierkegaard todo ser humano es potencialmente un yo, pero sólo quien entra en relación consigo mismo actualiza esa posibilidad y su horizonte es existir en el mundo como un yo frente a los otros y frente a Dios. La realización del ser humano consiste en ser un yo, en tener una relación armónica consigo mismo, para lo que resulta indispensable la relación consigo mismo o *ad intra*. El ser humano es entonces un ser de posibilidades, con la capacidad de obrar libremente. Lo que lo hace digno de respeto, no es el hecho de ser libre, sino la capacidad para serlo, es decir la posibilidad de alcanzar horizontes que de entrada se le presentan como tareas muy arduas.

Ludwig Feuerbach, filósofo alemán contemporáneo a Kierkegaard, también comprende a la persona como relación. Resalta también la capacidad del ser humano de relacionarse consigo mismo, o tener consciencia de sí. Feuerbach no leyó la obra de Kierkegaard, pero coincide con este filósofo al concebir al hombre como relación auto- reflexiva.

⁴ *Ibid*, p. 367

⁵ *Ibid*, p. 368 que cita a S. Kierkegaard, *La enfermedad mortal*, Guadarrama, Madrid, 1967, p. 47.

Para Feuerbach la diferencia entre el hombre y el animal no se funda en las habilidades externas o en algunos rasgos manifiestos, sino en la constitución y en la capacidad del ser humano. En tanto que ser de consciencia, el ser humano es capaz de tener consciencia de lo infinito que hay en él y esta consciencia es precisamente la religión según el esquema de este filósofo, que lo expresa de la siguiente manera:

“La religión es la consciencia de lo infinito; es y sólo puede ser la consciencia que el hombre tiene de su esencia, no finita y limitada, sino infinita. Un ser realmente finito no tiene ni el más remoto presentimiento ni, por supuesto, consciencia, de un ser infinito, pues la limitación del ser implica la limitación de la consciencia.”⁶

Así la persona es para Feuerbach un animal religioso y la consciencia del límite, el descubrimiento de lo finito y lo infinito, es el rasgo esencial de la condición humana y nos dice: “El individuo humano puede y debe conocerse y sentirse como limitado: en esto consiste su diferencia con el animal; pero puede ser consciente de su limitación, de su finitud, porque tiene como objeto la perfección y la infinitud del género, bien sea como objeto del sentimiento, de la consciencia moral o de la consciencia intelectual.”⁷

“El hombre individual - dice Feuerbach - no tiene en sí la esencia del hombre, no como ser moral ni como ser pensante. El ser del hombre se halla sólo en la comunidad, en la unidad del hombre con el hombre, una unidad que se apoya únicamente en la realidad de la diferencia entre el yo y el tú.”⁸

Esta postura de Feuerbach deja atrás la concepción individualista del hombre y da cabida al “ser con” como un existencial fundamental de la persona humana. Esta idea es fundamental para la filosofía personalista del siglo XX, representada por Martin Buber, Romano Guardini y Gabriel Marcel, entre otros.

En el personalismo filosófico del siglo XX se incluye la relación *ad extra*, además de las relación trascendental o con Dios y la relación *ad intra* o consigo mismo, que ya hemos discutido. La relación *ad extra* es la que hace posible el encuentro con los otros. Para el

⁶ *Ibidem* p. 52

⁷ *Ibidem* p. 56

⁸ *Ibidem* p. 300

filósofo alemán Martin Heidegger la persona se concibe como un “ser –con” o *mitsein* que equivale a encontrarse con otros.

El filósofo judío Martin Buber sostiene que la persona aparece cuando entra en relación con otras personas. Es justamente el encuentro el que hace que opere la personalidad de los que participan de él, pues ante el otro nos sentimos interpelados y nos enfrentamos a un tú inderivable. Cuando el otro con su autopresencia viene a mí, me convierto en persona y al mismo tiempo yo hago que el otro se haga persona. Es la interrelación la que hace que el yo se vuelva un tú para el otro y viceversa.

Para este filósofo, la destinación del hombre a la autopresencia en el reconocimiento mutuo y recíproco de unos por otros constituye el núcleo del concepto de persona. Así, ser persona significa ser en relación con el tú. No se trata entonces de un ser previo, sino específicamente de estar en relación con el otro, con el tú. Es así una relación inconfundible, pues el otro tiene un nombre, como yo tengo el mío. Esta relación entre el yo y el tú se forma en la libertad, pues es la respuesta libre a la llamada del amor, no es una carga que se nos viene encima, sino es como un regalo que se acepta y al que se corresponde libremente.

Desde el personalismo, la persona es entonces un “ser con otro”, no es meramente coexistir, sino afrontar la relación con el otro, que justamente por ser otro se abre al yo como una pregunta que invita a la interrelación.

Buber, como otros filósofos personalistas, conciben a la persona como encuentro y la persona se construye a partir del encuentro con los otros. Sin embargo el encuentro sólo se da si existen realidades distintas que interaccionan entre sí.

De aquí la idea de que el ser humano tiende hacia lo que él no es. Y esta tendencia continúa a lo largo de la vida, y hace de la persona algo inacabado, una realidad dinámica que se está haciendo continuamente y jamás concluye de manera definitiva. Cada vez que el individuo se interrelaciona con un tú, está aceptando el llamado que le permite hacerse más yo, en la medida en que nos vamos comprendiendo más, por estar orientados al tú. La relación con el tú, permite la autosuperación del yo, y esto es un crecimiento real. De esta manera el ser

humano se va modelando a sí mismo en todos sus aspectos, tanto corporales, como espirituales e intelectuales.

El filósofo que desarrolla la idea de persona como tendencia hacia, es el alemán Karl Jaspers, que lo expresa de la siguiente manera en su obra *La fe filosófica*:

“El ser humano es constitutivamente finito, pero no se siente perfectamente instalado en esta finitud, sino que tiende hacia lo infinito, hacia lo que está más allá de los límites de su naturaleza.”⁹

De todo lo que existe, el ser humano es el único ser que es consciente de su finitud y de ahí que “no se resuelve ni se agota en su mismo ser, y desde su interioridad, apunta hacia un horizonte que está más allá de él y que se presenta como lo inabarcable, lo que trasciende a su capacidad de conceptualización.”¹⁰

Alfonso López Quintás, filósofo español contemporáneo, también parte de la base de que la persona humana es un ser relacional. Todo lo que está en la realidad es objeto de conocimiento, que se pone frente al yo cognoscente. Este yo percibe los objetos del conocimiento como algo distinto a él, toma distancia frente a ellos y elige como relacionarse con ellos: como meros objetos de la realidad o como ámbitos de encuentro.

En el proceso de conocimiento en el que el yo se enfrenta a un conjunto de objetos, se genera una relación de tipo “yo-ello”. Este tipo de relación es de carácter lineal, o mono-direccional, y se establece tanto con objetos como con otros sujetos, que en este esquema siguen siendo vistos como meros objetos. La relación lineal implica la relación de sujeto a objeto y en esto concluye, no es reversible.

La capacidad que tiene el ser humano para distanciarse de la realidad y tomar posición frente a ella, determina si decide alejarse o vincularse con la realidad. Alejarse es romper cualquier tipo de relación y ver la realidad, incluyendo a las otras personas, únicamente como un conjunto de objetos.

⁹ Torralba, *op. cit.*, p. 379 K. Jaspers, *La fe filosófica*, Losada, Buenos Aires, 1968, p.59.

¹⁰ *Ibid.* p. 380

Vincularse, por el contrario, es abrirse a la intimidad, sobre todo con las personas y los valores. En este caso se hace referencia a que la relación deja de ser lineal, deja de ser hacia un objeto o un ello impersonal. La relación se establece ahora como una relación “yo – tú”, en la que hay interrelación y posibilidad para convertirse en una relación reversible o de doble dirección, llamada relación dialógica. Este tipo de relación se puede dar, tanto entre sujeto y objeto, como entre sujeto y sujeto (s).

La relación lineal corresponde a un tipo de relación posesiva y dominadora, -nivel 1 de realidad u objetual- mientras que la relación dialógica, “yo – tu”, constituye un ámbito de respeto y creatividad,- nivel 2 o ambital-.

Para Alfonso López Quintás las interrelaciones y el pensamiento relacional revisten gran importancia, porque se genera un ámbito, y en él la posibilidad del encuentro; lo que expresa de la siguiente manera:

“El pensamiento relacional juega un papel sobresaliente en nuestra vida porque tiene en cuenta lo que implica una realidad y el nivel en que se da... una realidad que procede de una confluencia de realidades sirve de vehículo a una instauración de encuentro. De ahí su poder simbólico.”¹¹

La creación de ámbitos, a través del pensamiento relacional permite “crear un campo de juego común, que es un campo en el que se alumbró el sentido de lo que se hace”¹²; porque en este campo de juego hay entreveramiento, participación en una misma acción y compromiso en lo que se comparte.

Un sujeto que se interrelaciona con un objeto o con otro sujeto de manera ambital, se desprende de ellos en cuanto a relación sujeto- objeto, y se eleva del plano objetivista al plano ambital, que es también un plano lúdico, pues la relación hace que las partes se pongan en juego.

¹¹ Alfonso López Quintás. *Inteligencia Creativa. El descubrimiento personal de los valores*. Madrid, BAC, 2002, p. 301.

¹² *Idem* p. 302

El pensamiento relacional pone de manifiesto que “el ser humano no está del todo terminado en ningún momento; se halla siempre en vías de plenitud. La plenitud la va alcanzando a través de los diversos encuentros que realiza”¹³... y así mismo “la realidad no está del todo hecha, va dando de sí, va adquiriendo nuevos matices, relaciones y modos de unidad.”¹⁴

Cuando la persona se concibe a sí misma como un sujeto terminado y localizado, entonces al conocer o relacionarse con la realidad de cualquier manera, se ubica como un sujeto que debe salir de sí para captar a otro objeto igualmente delimitado y cerrado en sí mismo. Este esquema yo – ello refiere a la forma de pensar que tiene que ver con conceptos lineales como <salir de mi – entrar en lo otro; o sujeto – objeto; o en mi – ante mi>. Estos esquemas de pensamiento limitan al ser humano en su plena realización.

Si el esquema se vuelve dialógico o de tipo yo- tu, y se crea una realidad superior o ámbito, entonces el pensamiento no se mueve en forma lineal de unas realidad a otra, sino que lo hace en forma “circular, sinóptica, a fin de captar en bloque una diversidad de realidades que entran a formar una constelación, un conjunto de entreveramientos, un modo prodigioso de unidad en diversidad.”¹⁵

Estas realidades entreveradas que componen el campo de juego de las relaciones, producen que el propio sujeto entre en el campo de juego, porque queda incluido en los modos de realidad entreverados.

Nuestro filósofo ejemplifica este entramado de relaciones ambivalentes con el ejemplo de la ermita, que si se establece como relación lineal, no pasa de que un sujeto conoce una edificación. A este nivel de realidad, - nivel 1- le da López Quintás la siguiente explicación:

¹³ Alfonso López Quintás. *Inteligencia Creativa. El descubrimiento personal de los valores*. Madrid, BAC, 2002, p. 309.

¹⁴ Alfonso López Quintás. *Vértigo y éxtasis. Una clave para superar las adicciones*. Madrid, Ed. Rialp, 2006, p. 203.

¹⁵ *Idem*. p. 206.

“En el *nivel 1*, el de la construcción, vemos la ermita como el producto de la unión de cuatro causas: la eficiente (los constructores), la material (los materiales de construcción), la formal (la forma que se le imprime), la final (el fin al que se la destina). El resultado de esa colaboración es un *edificio*. Se puede habitar en él, pero todavía no es propiamente un templo, una ermita.”¹⁶

Pero cuando todos los elementos que componen la ermita en el nivel 1 - materiales, edificación, espacio, etc. - se interrelacionan y forman un ámbito, el sujeto puede, a través de los elementos objetivos que se le presentan de manera inmediata, y al mismo tiempo de la toma de distancia para ganar perspectiva, descubrir el campo de juego que está compuesto por las relaciones de cielo, tierra, hombres y Dios.

Al vincular los dos tipos de relación, la inmediatez dada por los objetos y la distancia de perspectiva, la ermita se hace presente en todo su sentido y se eleva del plano de construcción al ámbito de espacio sagrado, de encuentro entre el hombre y Dios. Este es propiamente el nivel 2 de relación, que nuestro filósofo explica en los siguientes términos:

“Al *nivel 2* -el del templo en cuanto tal- se eleva el edificio cuando la comunidad de fieles que lo construyeron se reúnen en él, aunados por su cabeza visible (primera interrelación), y entran en relación con el Dios al que adoran (segunda interrelación). Ya tenemos en relación todas las realidades existentes: tierra, espacio, creyentes y Creador. El punto de confluencia de todas ellas es la ermita en cuanto ermita. Al ver una ermita en el claro de un bosque, podemos vibrar con todo cuanto existe, porque en ella está confluendo realmente. Esta forma de contemplarla no es producto

¹⁶ Alfonso López Quintás. *Enseñanza escolar y formación humana. La conversión de los profesores en formadores*. (Biblioteca del Educador Tomo V.) Buenos Aires, Ed. Puerto de Palos, 2006. p. 15.

de la mera fantasía; es la realidad de la ermita vista de modo relacional. De esta forma contemplan el mundo los poetas, los artistas, los pensadores más intuitivos. De modo semejante debemos ver la realidad todos los seres humanos. Con ello alcanzaremos un nivel de calidad de vida insospechadamente elevado y reconfortante. Ese logro constituye una verdadera transfiguración.”¹⁷

El pensamiento relacional tiene la ventaja de que permite ampliar y enriquecer la realidad propia con las realidades circundantes, y orientarlas hacia el verdadero ideal de vida; aprovechando toda la energía del ser humano: la instintiva y la espiritual.

Si la persona viviera exclusivamente de forma instintiva, se adaptaría al medio y no sería capaz de transformarlo. Sería tan sólo un animal más. Al poseer el hombre energía espiritual, es capaz de relacionarse y transformar su entorno, de lo que surge la civilización, la cultura, la ciencia y la técnica.

El ser humano es dinámico y por este motivo busca enfocar su energía, tanto instintiva como anímica y espiritual, en la consecución de metas. Estas pueden alcanzarse gracias al pensamiento relacional entre el ser humano y su entorno circundante. En palabras del autor se expresa de la siguiente manera:

“No olvidemos que los seres humanos estamos de verdad centrados cuando no tomamos nuestro yo como el único centro de nuestra vida, sino que nos abrimos al otro centro que es el tú. Nuestra vida personal se parece más a una elipse, con sus dos centros, que a una circunferencia, cerrada en torno a un solo centro.”¹⁸

¹⁷ *Ibidem.*

¹⁸ *Ibid. p. 16.*

El pensamiento relacional se opone al pensamiento relativista, que caracteriza a las sociedades del siglo XX y la posmodernidad. Este pensamiento relativista es el que pone al sujeto como el centro de todo, como aquél que conoce, piensa y valora de manera unilateral y parcial. También se opone al pensamiento objetivista, en el que el sujeto no reviste importancia y toda la carga se centra en el objeto del conocimiento.

Es así, que el pensamiento personalista o dialógico, resalta el carácter relacional de la persona y concluye que la dignidad de la persona es ese valor especial que está dado justamente por su capacidad de relación.